

«CON AMOR ETERNO TE HE AMADO: POR ESO TE HE RESERVADO MI FAVOR» (Jer 31,3)

Lección

Don Fabio

¡Buenos días! ¡Despertad! ¡Espero que hayáis restaurado y descansado vuestros fatigados cuerpos! Tras el viaje de ayer, la introducción y la misa *In Coena Domini*, hoy nos espera otro viaje, otro paso en el camino. La jornada de hoy se desarrollará en dos tiempos: mañana y tarde. Ahora tendremos la meditación, la lección sobre el encuentro entre Jesús y la Samaritana¹, en tres partes. Después, por la tarde, veremos y contemplaremos cómo ese Amor fiel y eterno se ha hecho presente en el tiempo, en la historia, subiendo a la cruz, «¡hasta la cruz!»², por amor a cada uno de nosotros: ¡tiene sed de nuestra salvación! Tendremos como fondo, pues, durante toda la jornada, la frase que el Gius decía en el video de entrada al salón que habéis hecho algunos de vosotros: «“¿Qué interés tengo yo –les añadía– en deciros esto? Solo uno: la pasión que tengo tanto por tu felicidad como por la mía. No te conozco, pero te amo como a mí mismo”. Esta es la humanidad nueva que debe expandirse en el mundo a través de cada uno de nosotros; tenemos que llevar a todas partes esta nueva humanidad que permite al hombre amar al hombre»³. Me han amado con un Amor eterno, me han anhelado, han «golpeado mi puerta» y me han esperado y cuanto más amado me descubro más empiezo a amar al que tengo junto a mí⁴. «Es mentira que se ame si no se ama el destino del otro. Mientes cuando dices a tu novia “Te quiero” si no deseas que se afirme su destino»⁵. Muchas de vuestras contribuciones han resaltado este mismo interés; por ejemplo: «Me ha llamado la atención cuando citáis por segunda vez a don Giussani en la invitación al Triduo de este año; Giussani sostiene que, al afirmar el destino de tu novia o tu novio, del estudio, de la relación con tus padres, se alcanza una humanidad nueva, más pura, más humana. Yo deseo que esto suceda, deseo afirmar el destino de las personas que me importan, deseo la humanidad nueva de la que habla Giussani. Necesito entender bien, sin embargo, a qué se refiere». Otro dice: «Vengo al Triduo con muchas preguntas. ¿Qué significa querer el bien del otro, afirmar su destino? Muchas veces me parece un concepto lejano y casi “pasivo”. ¿Qué significa amar el misterio del otro sin tener la tentación de “cambiarle”? ¿Desea su bien? Necesito amar de un modo más verdadero a mis amigos y a mi familia, fiándome más de Aquel que ha creado y amado primero, con amor eterno, a mis amigos y a mi familia».

«Deseo que suceda», «deseo afirmar el destino de las personas que me importan» –¿recordáis la carta de ayer?, «si tan solo le conociera...»– pero «yo no le conozco». ¡Hace falta que empecemos a conocerle para «afirmar el destino»! ¡Para conocerlo, ante todo, hay que darse cuenta de que somos hijos de una tradición! Hemos nacido en el año 2006, 2007, 2008, pero tenemos detrás de nosotros una rica tradición, dos mil años de historia de la Iglesia, dos mil años de reflexión teológica, de producción artística, literaria, filosófica, dos mil años de historia de santidad, de Evangelio vivido, pensado y transmitido de una generación

¹ Cf. Jn 4, 5-42.

² Cf. A. Anastasio, *Se tu sapessi*.

³ L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal: El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, p. 67.

⁴ «Nosotros amamos, porque él nos amó primero» (1Jn 4,19).

⁵ L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal: El desafío de la realidad*, op. cit., p. 67.

» a otra: san Juan, san Marcos, san Lucas, san Mateo fueron los primeros que lo pusieron por escrito, en una fuente histórica fiable, cuando sus ojos vieron, sus oídos oyeron, sus cabezas comprendieron, sus corazones aferraron, para que las generaciones posteriores (¡nosotros!) pudiesen conocer los verdaderos rasgos de Dios, revelado en Cristo Jesús, hijo de María y de José el carpintero, y reconocerle con certeza en el presente: no somos unos «visionarios», ¡podemos reconocer la presencia de Cristo vivo y operante hoy!⁶

Entonces, dejemos que el encuentro entre Jesús y la Samaritana nos sorprenda de tal manera que el acontecimiento que vivimos hoy descubra los rasgos del acontecimiento que sucedió ayer, que sucede una y otra vez a lo largo de la historia. Hay una continuidad: hace dos mil años, Dios se hizo presente a través de un hombre, Jesús (verdadero hombre y verdadero Dios), hoy se hace presente a través de su cuerpo que es la Iglesia⁷ (realidad divina y humana), a través del cuerpo que es la compañía de CL, y para nosotros, los Bachilleres. No podemos estar ayunos de Evangelio. Un padre de la Iglesia, san Jerónimo, decía «*ignoratio Scripturarum, ignoratio Christi est*»: el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo... ¡leamos el Evangelio! ¿Cómo vamos a amar a alguien si no lo conocemos?

1. Un encuentro imprevisto e imprevisible

Nos adentramos en el encuentro, en el diálogo, entre Jesús y la Samaritana⁸, tratando de hacernos uno con lo que sucedió, tratando de entrar con la mente y el corazón, con nuestro ánimo, con toda nuestra sed de ser amados, en el ánimo de aquella mujer. Nos “transportamos”, entonces, a ese polvoriento camino de tierra de Palestina, que une Judea, en el sur, donde se encuentran Belén y Jerusalén, con Galilea, en el norte, donde se encuentran Cafarnaúm, Caná, Nazaret, solo por hacernos una idea. Los hechos acontecen en una ciudad bien precisa de Samaria, Sicar, en la que los peregrinos podían encontrar reposo por la noche, recuperarse un poco, aprovisionarse, y continuar el camino; en aquel momento los discípulos, de hecho, se han ido al pueblo a comprar comida, mientras Jesús, cansado, se sienta junto al famoso pozo de Jacob. El evangelista Juan, tan preciso como siempre, nos dice que «era alrededor del mediodía»⁹, cuando el sol está en su máximo esplendor; por tanto, hacía verdadero calor, extenuante. ¿Por qué decide la Samaritana salir de casa con un ánfora, no muy ligera, justo a esa hora? Un poco raro, ¿no? En general, de hecho, todos van al pozo por la mañana, temprano, cuando el sol aún no calienta excesivamente, o a última hora de la tarde, cuando hace algo más de fresco. Además, algunos exégetas están de acuerdo en que había pozos más cercanos a los que podía ir la Samaritana¹⁰, al que iba estaba algo más distante; por tanto, podemos suponer razonablemente que lo que quería era evitar encontrarse con gente, como decís vosotros «le gustaba ir a lo suyo». El Señor, en cambio, siempre sorprende y, hasta cuando te alejas, ¡encuentra la manera de que te topes con Él en el camino! Ella, como siempre, trata de evitar a la gente, los «regatea», pero esa mañana, un día como cualquier otro, en la banalidad de las tareas habituales, le sorprende la presencia de un hom-

⁶ «La fe no consiste en conmemorar un hecho del pasado. La fe reconoce la presencia de Cristo, vida nuestra. Tenemos que reconocer su Presencia. *No conmemoramos a un difunto, existe una Presencia que podemos reconocer.* La fe consiste en reconocer su Presencia, y nada más; una Presencia que es el significado de la sangre que corre por nuestras venas, del niño que nace, del marido o la mujer que se tiene. La fe reconoce un acontecimiento que sucede para nosotros cada vez que reparamos en él» (L. Giussani, «La fe es reconocer una presencia», *Huellas-Litterae communionis*, n. 11/2000, p. III).

⁷ «La funcionalidad de la Iglesia en el escenario del mundo está ya implícita en su conciencia de ser la prolongación de Cristo: tiene, pues, la misma funcionalidad que Jesús» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro 2014, p. 210).

⁸ R. Schnackenburg, *El evangelio según san Juan*, Herder, Barcelona 1980, pp. 496-512.

⁹ Jn 4,6.

¹⁰ R. Schnackenburg, *El evangelio según san Juan*, op. cit., p. 497.

» bre que, al contrario que los demás, no la evita, ¡de hecho está ahí por ella! Así sucede en nuestra vida: todo se juega en los encuentros. Nosotros, tal vez, andamos por ahí metidos en nuestro caparazón, encerrados, pero suceden ciertos encuentros, los sorprendemos ante nosotros, ¡alguien te busca, está interesado en ti, te invita! Como decía la carta de ayer por la noche: «Abrí la puerta de la asamblea de Bachilleres y allí... ¡estaba hablando Seve!». Por la mañana, la Samaritana no sabía lo que le iba a suceder¹¹. Ella sabía que iba a hacer el ritual de cada día: madrugar, ir a clase, los exámenes, los deberes, el deporte. Ignoraba que aquel día, cuando fuese a por agua, iba a encontrarse con otra cosa. Se encuentra con esta persona, que la mira, le dirige la palabra, y le dice: «¡Dame de beber!».

La Samaritana, tal vez entre fastidiada y sorprendida (un poco como cuando nos encontramos en una situación en la que no nos gustaría estar, ¡ponemos media sonrisa, pero en realidad nos gustaría estar en otra parte!), se queda descolocada, al menos por dos motivos: en primer lugar le asombra que, dada su fama que la hace ir al pozo en un horario insólito y encima al más lejano, un hombre le dirija la palabra; en segundo lugar, es un judío: los judíos y los samaritanos no se llevaban bien por aquella época, por motivos en los que no vamos a entrar ahora. Entonces, como la ha pillado por sorpresa, la Samaritana responde a Jesús: «¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Jesús, que tiene sed, le responde en seguida: «Si conocieras –¡si conocieras!– el don de Dios», y nos lo dice también a cada uno de nosotros, al que envió la contribución de ayer describiendo el aburrimiento de las borracheras, del alcohol; si tan solo conocieras el don de Dios, la promesa segura que se encierra en este don, «si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “dame de beber”, le pedirías tú a Él y Él te daría un agua viva». Como nos pasa a todos tantas veces, cada uno puede “enumerar” las ánforas que usa para sacar agua de pozos que no sacian la sed y señalan «¡más allá!»¹². Entonces, podemos decir con certeza que, a estas alturas de su conversación, ambos, en este encuentro –la Samaritana y Jesús–, ambos tienen sed y, poco a poco, se va a aclarar de qué tienen sed el uno y la otra. Don Giussani, en » 1998, cuando el Papa le invitó a una audiencia en el Vaticano con todos los responsables de asociaciones y movimientos eclesiales, dijo esto: «El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo»¹³. Ambos –decíamos– tenían sed: ¡Cristo tenía sed de la felicidad, de la salvación, mendigaba el corazón y la fe de la Samaritana, y ella estaba a punto de descubrir a alguien que verdaderamente iba a saciar su sed de felicidad, de salvación, de amor!¹⁴ ¡Qué impresión

¹¹ «¡Si la Samaritana hubiera ido a sacar agua media hora después, en vez de media hora antes, no le habría visto! Si, al darse cuenta de que era judío, no le hubiese dirigido la palabra por altivez, si no le hubiese contestado y hubiese dicho: “¡Vete por ahí!”», no habría tenido ese encuentro; una contingencia, unas circunstancias, la fragilidad absoluta, lo efímero, lo efímero que no es nada, como todo el pensamiento humano decide que sea, hasta tal punto es frágil. Pero, a través de esta contingencia, lo eterno, lo consistente, el ser, el significado, aquello por lo que vale la pena vivir, en definitiva, el objeto para el que está hecha la razón, para el que el yo ha sido hecho, se hace presente. ¡Lo consistente, lo permanente, la totalidad es un hombre! A través de una realidad contingente, a través de una humanidad contingente, hasta tal punto parecida a ti que a veces puede asquearte, este hombre te alcanza ahora» (Cf. L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, BUR, Milán 2009, p. 427).

¹² «La efímera apariencia urge a una relación con el infinito, entendiéndolo por “infinito” a la realidad en tanto no alcanzable por el metro del hombre, por la capacidad de medida que está en mí. Pero entonces ¿por qué hablo de la apariencia? Porque ante cualquier encuentro –cualquiera, de la naturaleza que sea– recorro cada metro sorprendiendo los factores; pero cuando hago todo el giro, por así decirlo, siento, percibo, me topo con una insatisfacción que dice: “¡más allá!...”. Bien lo expresa Montale en uno de sus poemas» (L. Giussani, *El riesgo educativo: Como creación de personalidad y de historia*, Ciudad Nueva, Buenos Aires 2004, p. 111).

¹³ «Testimonio de don Luigi Giussani durante el encuentro del santo padre Juan Pablo II con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Plaza de San Pedro, Roma, 30 de mayo de 1998», en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro 2019, p. 17.

¹⁴ «Me atormentaba la sed natural que no se sacia nunca sino con aquella agua que pidió como gracia la joven samaritana» (Dante Alighieri, *Divina comedia, Purgatorio*, XXI, vv. 1-3); «Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti

» descubrir y reconocer que Dios no es solo el «motor primero» o el «motor inmóvil», sino que es amor, alguien que te ama, que ha salido en tu busca, que tiene sed de tu «aquí estoy», tiene sed de tu «sí», como tenía sed aquella mañana junto al pozo!¹⁵

Pero entonces la Samaritana –y nosotros con ella– parece no comprender del todo y le responde a Jesús: «No tienes un cubo y el pozo es profundo, ¿de dónde vas a sacar esa agua viva?». La mirada de la Samaritana se centra solo en la realidad material, está “enferma” de positivismo: la realidad es solo lo que ve, escucha y toca, lo demás no existe. Y carga más las tintas: «¿Acaso eres más grande que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo y en él bebieron él con sus hijos y sus animales?». Es decir, la única cruda realidad que existe es ese pozo que tienen delante y que nunca ha sido capaz de saciar su sed. Su pregunta se puede expresar con otras palabras: «¿Crees que me vas a engañar con eso de que hay otra realidad, otro camino, que hay un don distinto? Para mí, hasta ahora, la vida siempre ha sido lo mismo: por un lado, la dureza de la existencia en la recta de la vida y, por otro, la recta de la religión y de los Padres...» y de ahí no sales, ¡sigues teniendo sed! Como decíamos ayer: ¡dos rectas paralelas que no coinciden, que nunca se encuentran!

Jesús insiste y le dice: «El que beba de esta agua [del pozo] volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le daré, no volverá a tener nunca sed. El agua que Yo le daré será en él una fuente de agua que brota hacia la vida eterna». Aquí la Samaritana se queda –creo– sorprendida, maravillada por la potencia de esa afirmación, como si dijera para sus adentros: «No solo recibiré un agua “viva” y ya no tendré más sed, sino que además empezará a fluir dentro de mí, a brotar de mí... ¿de qué clase de agua estará hablando, qué agua me quiere “vender”? Tal vez la Samaritana tenga una mentalidad “comercial-utilitarista”, de hecho, dice: «Señor –le dice la mujer– dame de esta agua, para que no vuelva a tener sed y no tenga que seguir viniendo aquí a por ella», como si dijera: «Vale, si este producto me quita la sed, véndemelo, lo compro, así me ahorro el cansancio de tener que venir siempre al pozo y listo», un poco entre el lenguaje comercial, lo mágico y lo cómodo: «Tú vendes / yo compro, ¡y sin esfuerzo!». Esto nos puede pasar también a nosotros: en vez de entrar en relación con Dios, en vez de adentrarnos y descubrir la relación entre Jesús y su Iglesia, ¡tratamos de evitar que nuestra libertad y nuestra razón se pongan en marcha, ya que siempre están llamadas a ponerse en juego!

2. Mi alma tiene sed de ti

En ese momento, Jesús va directo al grano, va directo al corazón de la cuestión y le dice: «Ve a llamar a tu marido y vuelve aquí»; y ella, quizá algo sonrojada, le confiesa a Jesús: «No tengo marido». Le responde Jesús: «Bien dices: “No tengo marido”. Cinco maridos has tenido y el que tienes ahora no es tu marido; en esto dices la verdad». Ahora entendemos por qué su “fama” le hacía evitar a la gente. Tratemos ahora de entrar por un instante en el corazón de esa mujer que había intentado –creo– aplacar su sed con cinco maridos, que había

»
madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» («Salmo 62», *Libro de las horas*, Asociación Cultural Huellas, 2010, p. 97).

¹⁵ «Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero solo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; esta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta criatura, precisamente porque ha sido Él quien la ha querido, quien la ha “hecho”. Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. La potencia divina a la cual Aristóteles, en la cumbre de la filosofía griega, trató de llegar a través de la reflexión es ciertamente objeto de deseo y amor por parte de todo ser –como realidad amada, esta divinidad mueve el mundo– pero ella misma no necesita nada y no ama, solo es amada. El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Su amor, además, es un amor de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agapé*» (Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, n. 9).

» intentado mendigar un poco de amor, ¡un amor a la altura del deseo! Tratemos de saborear la amargura, la desilusión, el escepticismo de esa mujer que probablemente no pretendía ni esperaba ya nada bueno de la vida; posiblemente su corazón ya estaba como árido, endurecido, tal vez tenía dentro un cinismo o una resignación que le corría por el corazón y las venas, de marido en marido, de hombre en hombre. ¡Había buscado un amor único, indisoluble, exclusivo, definitivo, para siempre! Y allí estaba, junto al pozo, todavía con sed. No había encontrado un amor infinito que correspondiera a su sed infinita¹⁶. ¡Nuestra naturaleza nos lleva a algo que está más allá y que parece inalcanzable!¹⁷

¿Quién sabe qué le habría sucedido con aquellos hombres, por qué tantos? ¿Por qué los había «tomado y dejado»? Seguro que no fue una historia feliz... Mia Martini canta una canción que dice «No sé qué sonrisa tiene el amor verdadero»¹⁸. ¡Pensemos en el drama lacerante que es vivir sin amor (¡durante toda la vida!) o con la angustia de que, tarde o temprano, el amor se acabará! Os decía al principio que tuvierais en mente la frase del Gius: «Es mentira que se ame si no se ama el destino del otro. Mientes cuando dices a tu novia “Te quiero” si no deseas que se afirme su destino». Quién sabe si alguno de esos hombres la habrá mirado y tratado alguna vez conforme a su destino, y quién sabe cómo podemos tratarlos incluso entre nosotros... Puede haber, también entre nosotros, una manera reductiva de estar juntos, hasta de usarnos, en lugar de desear aprender a amar al otro, afirmando el uno el destino del otro. Con gran delicadeza leo estas líneas que pueden sernos de ayuda: «Era un sufrimiento para ambos. Seguíamos haciendo ciertas cosas. Los dos nos sentíamos mal. Había un sentimiento de culpa que después encerrábamos en una especie de caja que dejábamos a un lado. Nos usábamos el uno al otro. ¡Qué tristeza, Dios mío! Siempre acabábamos haciendo eso. Era una manera de usarse en la que nos olvidábamos por un momento de la realidad y alejábamos las preocupaciones. ¡Sentía un cansancio enorme en el corazón! [...] Éramos conscientes de que nos estábamos tratando mal y de que no podíamos seguir así, pero no queríamos afrontar la situación. [...] He visto algunas fotos de mi cara por aquella época: estaba destruida. No sé cómo logré vivir así durante tanto tiempo. Ahora deseo entender lo que significan ciertos gestos». Vemos, pues, qué pertinente es lo que hemos leído en *El sentido religioso* hace algunas semanas: «Normalmente, de hecho, todo se afronta con la mentalidad común que sostienen y propagan quienes detentan el poder en la sociedad. De suerte que la tradición familiar y la tradición del contexto más amplio en el que uno crece se sedimentan encima de nuestras exigencias originales y constituyen como una gran costra que altera la evidencia de aquellos primeros significados, de los criterios primigenios [...]» El modo de concebir la relación entre el hombre y la mujer, por ejemplo, aunque se viva como un hecho íntimo y personal, está en realidad ampliamente determinado ya sea por la propia instintividad, que provoca una valoración que no está para nada en línea con la exigencia original de afecto, o por la imagen del amor que se ha creado en la opinión pública. Es necesario perforar siempre esas imágenes que nos induce el clima cultural en el que estamos

¹⁶ «Él dijo: “Tuve hambre y me disteis de comer, estuve desnudo y me vestisteis, fui forastero y me hospedasteis. Venid vosotros, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros”. El hambre no es solo hambre de pan, es hambre de amor, es hambre de amor de Dios; estar desnudo no es solo carecer de ropa, estar desnudo quiere decir carecer de ese inmenso don que es la dignidad del hombre, la pureza; no tener casa no significa carecer de un edificio de ladrillo, significa no ser querido, no ser amado» (Testimonio de Madre Teresa de Calcuta en el Meeting de Rimini, 29 de agosto de 1987, *clonline*).

¹⁷ «No en vano Leopardi exclamó: “¡Oh naturaleza, naturaleza! [...] ¿Por qué tanto engañas a tus hijos?”. Pero esto es una explosión de amargura, de tristeza existencial, no se puede poner como principio de una postura filosófica. Todo nuestro ser se rebela frente a esa consecuencia. Ciertamente que la naturaleza podría manifestarse como irremediabilmente contradictoria, pero antes de llegar a esta conclusión es razonable buscar alguna otra solución. Es exactamente hacia lo que nos encaminamos» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro 2023, p. 58-59).

¹⁸ Cf. Mia Martini, *Minuetto*, 1973, casa discográfica Ricordi.

» inmersos, bajar a tomar con nuestras propias manos las exigencias y evidencias originales y a partir de ellas juzgar y cribar cada propuesta, cada sugerencia existencial que se nos haga. El uso de la experiencia elemental, o de nuestro “corazón”, es impopular sobre todo ante nosotros mismos, pues el “corazón” es precisamente el origen de ese malestar indefinible que se experimenta, por ejemplo, cuando a uno se le trata como objeto de interés o de placer»¹⁹. ¡Qué dolor cuando nos tratamos de manera instintiva, usándonos como objetos que se toman y se dejan a placer, sin alma!

Este punto —cada uno de nosotros es sed de amor y solo la relación con el Misterio puede saciarla!— es decisivo tanto por la manera en que tratamos a nuestros amigos como por la manera en que vivimos las relaciones afectivas; ¡qué dolor cuando nos reducimos, cuando no somos ya un misterio que nos llena de asombro, un misterio que contemplamos, amamos y custodiamos! ¡El otro “es nuestro, pero no es nuestro”! Espero que hayáis leído el artículo de Seve del mes pasado en *La Repubblica*; ayuda a poner de relieve lo que hay en juego en la relación entre hombre y mujer. Después volveréis a él, de momento cito una sola frase: «La persona amada es “signo”, no puede responder exhaustivamente al deseo infinito de ser amado que está presente en el corazón humano»²⁰. El Papa ha hablado de ello expresamente en una de las audiencias de los miércoles, hace poco, el pasado enero: «Sin embargo, esta hermosa dimensión de nuestra humanidad, la dimensión sexual, la dimensión del amor, no está exenta de peligros» porque puede ser adulterada por «el demonio de la lujuria»; es un amor «en que se echa de menos la castidad», es decir, «la voluntad de no poseer al otro. Amar y respetar al otro, buscar su felicidad», donarse totalmente el uno al otro en el matrimonio. «El placer sexual, que es un don de Dios, es minado por la pornografía, satisfacción sin relación que puede crear formas de dependencia. Debemos defender el amor, el amor del corazón, de la mente, del cuerpo, amor puro que dona el uno al otro». Y esta es la belleza de la relación conyugal, «esta es la belleza de la relación sexual». «Vencer la batalla contra la lujuria, contra la “cosificación” [de uno mismo y] del otro puede ser una empresa que dura toda la vida»²¹. Había en una serie de la tele una escena en la que un chico trataba de persuadir a la chica con algunas frases muy de moda: «Todos lo hacen, si nos queremos... ¿qué problema hay?». En cambio, es justo al revés; ¡precisamente porque nos amamos aprendemos a esperar, a entender el significado de ciertos gestos, a amarnos con verdad, según el destino! Porque esa persona no es tuya, no es un juguete tuyo, es de Otro, es de Dios, es de Cristo, es relación con Cristo, y mientras esto no sea claro, se resentirá nuestro estar juntos, no sin consecuencias. «Es mentira que se ame si no se ama el destino del otro. Mientes cuando dices a tu novia “Te quiero” si no deseas que se afirme su destino»²². Las dos canciones

»

¹⁹ Luigi Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 34-35

²⁰ M. Severgnini, «Confiar en el otro», carta a *La Repubblica* del 28 de noviembre de 2023, *clonline*.

²¹ «Sin embargo, esta hermosa dimensión de nuestra humanidad, la dimensión sexual, la dimensión del amor, no está exenta de peligros, hasta el punto de que ya san Pablo tiene que abordar la cuestión en la primera Carta a los Corintios. Escribe así: “Es cosa pública que se cometen entre ustedes actos deshonestos, como no se encuentran ni siquiera entre los paganos” (5,1). El reproche del apóstol se refiere precisamente a un uso malsano de la sexualidad por parte de algunos cristianos» (Francisco, *Audiencia general*, 17 de enero de 2024). «En un documento que prepararon 300 jóvenes de todo el mundo antes del Sínodo, ellos indicaron que “las relaciones *online* pueden volverse inhumanas. Los espacios digitales nos ciegan a la vulnerabilidad del otro y obstaculizan la reflexión personal. Problemas como la pornografía distorsionan la percepción que el joven tiene de la sexualidad humana. La tecnología usada de esta forma crea una realidad paralela ilusoria que ignora la dignidad humana”» (Francisco, *Exhortación apostólica postsinodal Christus vivit*, n. 90).

²² «Sin sacrificio no hay verdad en una relación. Pensad, por ejemplo, cuando sentís apego hacia una persona: la relación se reduce a una mentira si no está continuamente sostenida por el sacrificio. Sin sacrificio no hay verdadera relación, lo que quiere decir que al otro —sea un objeto o una persona— no se le valora conforme a su naturaleza (peor aún, se invierte el sentido de la naturaleza), lo afirmas por tu gusto, según tu instinto, porque quieres agarrarlo con violencia como el avaro agarra el dinero. ¡Qué falsedad! “Porque me gusta”: creo que es la excusa más normal para mentir... un pretexto, en definitiva. Identificamos el afirmar algo con aferrarlo: afirmar a una persona es amarla, es afirmar al otro; aferrarla quiere decir doblegarla, hacerla tu esclava» (L.

» que vamos a escuchar nos ayudan a adentrarnos en una mirada sobre el otro como la que Jesús tuvo sobre la Samaritana, una mirada que podemos vivir entre nosotros. ¿Qué significa decirle a otra persona: «Te quiero»? Significa: «Quiero tu bien». Pero el bien, el destino, es Cristo. Por tanto, decirle a alguien «Quiero tu bien», significa desear que encuentre a Cristo, significa desear ardientemente que encuentre a Cristo y ser el uno para el otro sostén y ayuda en esto, para que Él os acompañe hasta el paraíso²³. Cristo me salva a mí y salva al otro, para la eternidad²⁴. Entonces, puedo donarme por entero, todo yo, cuerpo y alma, a ti, después de que nos hayamos dicho «sí» ante el altar, ante Dios y los hombres²⁵. Cuando pronuncio las palabras: «Yo te tomo por esposo/a y prometo ser siempre fiel, en la alegría y el dolor, en la salud y en la enfermedad, y amarte y honrarte todos los días de mi vida», cuando hay un don total en la vida, entonces, ese gesto de afecto es expresión de esa donación total. Antes es como una mentira, en el sentido de que el gesto expresa una totalidad de amor y don de sí y esa totalidad todavía no se ha realizado ni se comparte²⁶. Las dos canciones, decíamos. Una es *Amica del mistero*: fijaos que Adriana Mascagni comprendió que la “definición” más adecuada de sí era la de ser «amiga del misterio»; fijaos cómo cambia nuestra mirada cuando nos reconocemos a nosotros mismos y a los demás como «amigos del Misterio», entonces nace una “veneración”. Y la segunda canción es de Mina, *Ma come hai fatto*, que muestra la explosión de alegría de decir «¡Te quiero!», es decir, «¡Quiero tu bien!».

3. La fe es reconocer la presencia de Cristo

Nosotros, como la Samaritana, podemos caer a veces en este malentendido: confundirnos y pretender que la compañía responda de manera exhaustiva a nuestra sed, que el «signo» responda por completo. Esta dinámica nos deja extenuados: «Quisiera ser amado, amada, de una manera determinada, que me buscaran de determinada manera y eso no sucede como a mí me gustaría». También a nosotros nos pasa, pero honestamente, es una falta de realismo, porque es como pretender que un “rayo” sea el “sol”, es pretender del hombre lo que

Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro 2023, p. 351).

²³ «Habrà que descubrir estas cosas que os acabo de decir, hace falta darse cuenta de ellas, si queremos librarnos de la mentalidad dominante, si queremos ser hombres que llaman pan al pan y vino al vino, con corazón y conciencia. De lo contrario es una impostura decir: “¡Te quiero!”, sería como si todos vosotros repitierais el mecanismo que el poder ha instaurado a través de sus instrumentos, no sería algo vuestro, sino que creyéndolo vuestro, no seríais libres» (Cf. L. Giussani, *Uomini senza patria. 1982-1983*, BUR, Milán 2008, pp. 377-378).

²⁴ «Solo os pido una cosa. Como todo es dado por Cristo, como Cristo es el origen de todo lo que hagamos respecto a nuestras aperturas, amemos a Jesucristo. No amamos a nuestra mujer, no amamos a nuestros hijos, si no es por Cristo. Gracias a vosotros que os jugáis la vida, igual que yo» (Cf. L. Giussani, *Uomini senza patria. 1982-1983*, BUR, Milán 2008, pp. 377-378).

²⁵ «Es necesario prepararse para el matrimonio, y esto requiere educarse a sí mismo, desarrollar las mejores virtudes, sobre todo el amor, la paciencia, la capacidad de diálogo y de servicio. También implica educar la propia sexualidad, para que sea cada vez menos un instrumento para usar a los demás y cada vez más una capacidad de entregarse plenamente a una persona, de manera exclusiva y generosa» (Francisco, *Exhortación apostólica postsinodal Christus vivit*, n. 265).

²⁶ «En este contexto, recuerdo que Dios nos creó sexuados. Él mismo “creó la sexualidad, que es un regalo maravilloso para sus creaturas”. Dentro de la vocación al matrimonio hay que reconocer y agradecer que “la sexualidad, el sexo, son un don de Dios. Nada de tabúes. Son un don de Dios, un don que el Señor nos da. Tienen dos propósitos: amarse y generar vida. Es una pasión, es el amor apasionado. El verdadero amor es apasionado. El amor entre un hombre y una mujer, cuando es apasionado, te lleva a dar la vida para siempre. Siempre. Y a darla con cuerpo y alma”» (Francisco, *Exhortación apostólica postsinodal Christus vivit*, n. 261). «Los novios están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2350). «La sexualidad [...] mediante la cual el hombre y la mujer se dan el uno al otro con los actos propios y exclusivos de los esposos no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal. Ella se realiza de modo verdaderamente humano solamente cuando es parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen totalmente entre sí hasta la muerte» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2361).

» solo Dios puede darnos, porque nuestra sed es infinita y solo el Infinito puede saciarla. Don Gius corregía a unos amigos, hace unos años, con estas palabras: «Todos hablan de la compañía [...] parece [...] que ponemos nuestras esperanzas en la compañía [...]. Creamos una compañía, no para afirmar una amistad, sino para afirmar una Presencia, una Presencia que está en esta compañía». «Porque [...] a mí me importa un comino vuestra compañía [así entendida]»²⁷. Es decir, si nuestra compañía no transparenta «el sonido de los pasos» de Cristo, si nuestra compañía no transmite el rostro de Cristo, que es al que pido que sacie mi sed, ¿de qué me sirve a mí esta compañía, a fin de cuentas? Una de vuestras contribuciones describe cómo emerge su Presencia desde dentro, desde la presencia de la compañía²⁸: «Tras varias experiencias que se me propusieron, como el Triduo, ir a Roma, el Meeting, algo en mí cambió. Empecé a ponerle nombre a Aquel, con “A” mayúscula, que me estaba moviendo. Lo que más me alucinaba no era solo reconocerle, sino descubrir que podía tocarle con mis manos, verle con mis propios ojos».

Y eso es lo que le sucedió a la Samaritana; comienza a reconocer en esa presencia humana una mirada distinta hacia ella, distinta de la de los cinco maridos, lo divino oculto en lo humano²⁹. «¿Cómo puede ser que este hombre sepa de mí cosas que ni yo misma me atrevo a admitir, es decir, que he buscado el amor toda la vida y todavía no lo he encontrado?». Entonces un gusano, un gusano bueno, empieza a roerla por dentro: «¿Será de verdad posible que Él, dentro de estas semblanzas cambiantes, sea capaz de darme el agua viva? ¿Será posible que, en la relación con Él, pueda empezar a saciar mi sed?». Y entonces la Samaritana le dirige a Jesús otra pregunta, muy distinta de la pregunta “comercial” del principio del diálogo. «Entonces, explícame: ¿dónde debo adorar a Dios? ¿En el monte?», porque en aquella época había un “debate teológico” sobre el tema. «¿Dónde me relaciono con Dios? ¿Dónde voy a sacar el agua viva? ¿En la cima de este monte o en el Templo de Jerusalén?»³⁰. Y Jesús le dice: «Créeme, mujer [y nos lo dice a cada uno de nosotros], llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre [...]. Nosotros adoramos lo que conocemos, » porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora –y es esta– en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre [¡grabaos esto!] en espíritu y verdad: así, de hecho, el Padre [nosotros deseamos conocer el sonido de sus pasos] quiere que sean los que le adoran. Dios es espíritu, y los que lo adoran tienen que adorarlo en espíritu y verdad»³¹.

No se trata del lugar; cuando estoy en la iglesia adoro (recta religiosa), cuando estoy fuera de la iglesia no adoro (recta de la vida): cuando estoy en la iglesia me relaciono con Dios y cuando estoy en clase, no. ¡No se trata del lugar, sino de una relación, una comunión de vida; ya no está por un lado lo “sagrado” y por otro lo “profano”, sino que todo es sagrado, todo está dentro de la relación con Él, la relación con el estudio y con tu chica es una relación sagrada!³² ¡Aquí es donde la fe y la vida coinciden, donde queda abolido el dualismo

²⁷ Cf. L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, pp. 12-13.

²⁸ «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

²⁹ «Tú lo sabes bien: / no consigues hacer algo, estás cansado, / ya no puedes más. Y de repente, / encuentras entre la multitud una mirada / –una mirada humana– / y es como si te hubieras acercado / a algo divino escondido. / Y todo se vuelve, de repente, / más sencillo» (A. Tarkovski, de la película *Andrei Rublev*).

³⁰ Cf. Jn 4, 19-20.

³¹ Jn 4, 21-24.

³² «Ahora bien, es verdad que, desde entonces, es decir, hasta que llegó Jesús, los sacrificios y los ritos religiosos que el Señor había ordenado a lo largo de la historia del pueblo hebreo debían realizarse en el gran templo de Jerusalén. Pero desde que Jesús vino todo quedó explicado con claridad y todo fue más sencillo; el corazón del hombre es el verdadero lugar donde se adora a Dios; el corazón del hombre que Dios mismo ilumina con su Espíritu haciéndole comprender que Dios es todo para Él, donde quiera que esté y en todas sus acciones. Por eso, es justo que existan lugares donde la devoción hacia el Señor se pueda expresar de un modo más solemne (como ahora son las iglesias), pueda el hombre reconocer a Dios, pensar en Él, ofrecerle sus acciones, es decir: pueda adorarle, donde quiera que se encuentre y haga lo que haga» (L. Giussani, *Aprendiendo a rezar*, Encuentro 1984, p. 38).

» del que hablábamos ayer! Dondequiera que esté, por la mañana a las 7:50, cuando estoy rezando el *Angelus* con mis amigos de Bachilleres en el colegio, o rezando *Laudes* fuera del colegio, y dos horas después, cuando estoy en el aula o cuando nos volvemos a encontrar en el descanso, cuando intervengo en clase porque oigo algo que chirría con la verdad³³. Y después, cuando comemos juntos. Y aun después, cuando nos juntamos a estudiar. Y también cuando nos ayudamos a tomar en serio las preguntas, las cuestiones que la realidad cotidiana nos plantea, nos suscita cuando entramos en contacto con ella, cuando vamos a la caritativa. Es decir, la fe –le dice Jesús a la Samaritana– coincide con la vida, ¡es la Vida de la vida!³⁴ Mientras “abres la puerta” de la circunstancia en la que estás entrando, reza: «Hágase en mí según tu palabra»³⁵, ¡esta circunstancia está dentro de la relación contigo!³⁶ A nosotros nos parece más realista cambiar las circunstancias, en cambio, ¡es más decisivo y real adentrarse en la relación con Él para vivir esas circunstancias! Jesús le desvela, pues, una verdad revolucionaria, impensable: «Mira que el templo en que se adora a Dios, en el que Dios viene a hacer su morada no es un “área delimitada”, no es Jerusalén o la cima del monte, sino que el templo en el que adorarme, al que vengo a habitar, eres tú. ¡Tú eres mi morada, hago de ti mi morada, como la Virgen María, tú eres el Templo de Dios!»³⁷. San Pablo define así nuestro cuerpo: «templo del Espíritu Santo»³⁸. Dios tiene sed de tu salvación, y llama a la puerta de tu corazón, como hemos dicho antes, en el *Angelus*, recordando las palabras de esta chica. «La elección, la decisión existencial de abrirle a Él mi corazón, ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida». Por tanto, los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y verdad. «Sin el aliento del Espíritu, Cristo se quedaría relegado al pasado; si faltara el soplo del Espíritu, Cristo quedaría despojado, de alguna manera, de su poder divino. El Espíritu es la energía divina con la que Cristo penetra en la historia hasta alcanzarnos»³⁹, el Espíritu es el agua viva que empieza a brotar en ti y a inundar, desde lo más íntimo de la persona, desbordándose y abrazando a todos. «En espíritu y en verdad», es decir, pidiendo mirar todo según la Verdad, según su origen y destino.

4. Oración, misa, confesión

Todos nosotros, desde el día del bautismo, hemos renacido a la filiación divina, por medio del Espíritu Santo⁴⁰. Para que el agua viva brote en nosotros y por medio de nosotros, Jesús

³³ «Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor 10,31).

³⁴ «Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrificio, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto» (L. Giussani, *Dar la vida por la obra de otro. Ejercicios espirituales de Comunión y Liberación, 1977-2004*, Encuentro 2022, p. 59).

³⁵ «...aparentemente, es cierto que un contexto nuevo, distinto, puede posibilitar algún cambio interior. Pero la cuestión es la relación con Dios, que necesita tiempo. Esto es verdad y hay que tocarlo. A partir de aquí, la humanidad de la caridad se hace posible. Volveremos a hablar de ello. He querido escribirte para saludarte. Milán, 16-01-1977» (Cf. AA.VV., *Maria Paola Piraccini. Memor Domini*, Stiligraf, Cesena 2004, p. 43).

³⁶ «Con Cristo estoy crucificado y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta vida en la carne, la vivo en » la fe del hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,19-20).

³⁷ «Y todo eso que hemos dicho adquiere carácter existencial en un lugar que no es un simple lugar, en un lugar espiritual, un lugar que, no obstante, está hecho de tierra, de carne, pero que es lugar espiritual porque también está hecho de alma: el yo. Es ahí, en el yo, donde se vive existencialmente todo lo que hemos dicho» (L. Giussani, *El templo y el tiempo: Dios y el hombre*, Encuentro 1995, p. 122).

³⁸ «¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido bien comprados. Glorificad por tanto a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor 6,19-20).

³⁹ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, p. 214.

⁴⁰ «El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu (“*vitae spiritualis ianua*”) y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del

» se ha identificado a sí mismo (¡la Trinidad!) como la fuente de la que podemos esperar hoy a través de los “canales” de la Gracia⁴¹: solo haré un bosquejo de ellos, ya tendréis toda la vida para retomarlos junto a vuestros adultos.

Primero. La *oración*, que –dice san Agustín– empieza por tu deseo. «No en presencia de los hombres, que no pueden ver el corazón, sino en tu presencia está todo mi deseo. Pon tu deseo en su presencia, y el Padre, que ve en lo oculto, te recompensará. Tu deseo es tu oración, y si continuo es tu deseo, continua es tu oración. No en vano dijo el Apóstol: “Orad sin interrupción”. Pero ¿acaso nos estamos arrodillando, o postrando o levantando las manos sin interrupción, para cumplir su mandato: orad sin interrupción? Porque si decimos que nuestra oración es así, creo que no lo podemos hacer sin interrupción. Hay otra oración interior no interrumpida, que es el deseo. Hagas lo que hagas, si estás deseando aquel sábado (que es el reposo en Dios), no interrumpes tu oración. Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo»⁴². Todo aspecto del vivir es digno de ser vivido en relación con el Padre, como un hijo que confía en cualquier circunstancia. Don Gius siempre nos invitó a repetir una oración “esencial”: *Veni Sancte Spiritus*, es decir, Espíritu Santo, entra en mí, toma mi carne, *Veni per Mariam*, así como María te dijo su «heme aquí», que yo también te lo diga, sírvete también de mí⁴³.

Segundo. La *misa*⁴⁴. Quisiera que no se nos escapara este detalle de la página del Evangelio de san Juan que refiere el encuentro entre Jesús y la Samaritana, cuando Juan señala que «era alrededor del mediodía»⁴⁵ y es también «alrededor del mediodía» cuando Jesús está en la cruz⁴⁶ y las palabras que dice, doliente, son: «Tengo sed»⁴⁷. Jesús desde lo alto de la cruz todavía tiene un último y un solo deseo, así como lo había tenido durante toda su vida terrena: sed de salvación de Pedro, Juan, Andrés, Tomás, Zaqueo, el paralítico, el ciego de nacimiento, la Samaritana, y ahora sigue teniendo sed de nuestra fe, es decir, de nuestra salvación. Y esto es la misa: el sacrificio de la cruz que se hace presente en el misterio de

pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1213).

⁴¹ «Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1131).

⁴² San Agustín, *Comentarios a los salmos*, Salmo 37, 15.

⁴³ «Repetid esta fórmula todos los días, a menudo, cuando el Señor os elige para hacerse sentir: es un momento en el que todo se interrelaciona y recobra sentido, todo se vuelve misteriosamente hermoso y uno. *Veni Sancte Spiritus*, porque el *Spiritus est Dominus, Spiritus est Deus* (Dios es el Espíritu, el Espíritu es Dios). El Espíritu es Dios, a quien pertenecemos. Porque el Espíritu en nosotros es autoconciencia que, cuando se aplica bien, nos permite entender: así el hombre entiende que pertenece, que pertenece a Otro. Pertenece a una Presencia, una Presencia, eso sí, misteriosa (porque no es nuestra es misteriosa pero, a la vez, no lo es, porque la advertimos presente; está pero proviene de otra fuente, no proviene de nuestra fuente). “Ven Espíritu Santo” en cada uno de mis actos, “Ven Espíritu Santo” en todos los momentos de mi vida» (L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, op. cit., p. 179).

⁴⁴ «El acontecimiento más importante de la historia del mundo es la muerte y resurrección de Cristo. En nuestra vida este acontecimiento, este gesto, es el sacrificio de la Misa. Un gesto que debería ocupar por tanto el centro de nuestra jornada». «El cambio de la personalidad no tiene más esquema que el de la acción sacramental» (L. Giussani, *Para vivir la liturgia: un testimonio. Apuntes de meditaciones comunitarias*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 15-16).

⁴⁵ Cf. Jn 4,6.

⁴⁶ «Era el día de la preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dice Pilato a los judíos: “Aquí tenéis a vuestro rey”. Ellos gritaron: “¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!”. [...] Entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Tomaron, pues, a Jesús y él, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio» (Jn 19,14-18).

⁴⁷ «Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que su cumpliera la Escritura, dice: “¡Tengo sed!”» (Jn 19,28).

la eucaristía⁴⁸. Cuando Jesús estaba en la cruz, atravesaron su costado con una lanza y de él salieron «sangre y agua», y cuando el sacerdote celebra la eucaristía, en voz baja, *submissa voce*, dice justo esto, mientras vierte el vino y el agua en el cáliz, para sí: «del costado abierto de Cristo salieron sangre y agua»⁴⁹, después nos dan a nosotros la sangre y el cuerpo de Cristo cuando recibimos la comunión, a Él⁵⁰. ¡En la misa, Cristo tiene sed de encontrarse contigo y de donarse a ti! ¿Cómo puedo dejar de acudir a ese “encuentro semanal”, incluso cotidiano, con el Destino?

Tercero. La *confesión*. Es conmovedor lo que escribe esta chica: «Después de una reunión de Bachilleres, hablé un momento con un amigo con el que se está dando una relación verdaderamente bonita. Mientras hablábamos, surgió un tema “pesado”, un tema que siempre me cuesta mucho y que tiene que ver con vivir las relaciones sin ahogar a la otra persona, sin el intento de poseer. ¡Llevaba encima un peso gigante, un ladrillo, casi ni respiraba de la vergüenza que sentía de mí misma! [...] Entonces, al acordarme de una frase que leí en el libro de Lagerkvist, *Barrabás* («encomiendo mi alma a Ti»), fui lo más rápido que pude a una pequeña iglesia que hay cerca de mi casa y, después de años sin hacerlo, me confesé. ¡Finalmente respiré aliviada, un respiro que me invadía y me levantaba, me salvaba! Podía confesarle mi vergüenza al mismo Cristo, con el que estoy estableciendo una relación que llega a todos los aspectos de la vida; me confesé y le ofrecí a Él todo ese cansancio; quería confiarle, compartir el asco que me daba a mí misma con la única Persona que lo acepta todo de mí, verdaderamente, sin escándalo y sin censuras. Quería confiarle mi vergüenza a mi Padre y ser perdonada. Cristo, Cristo mismo, que se dejó clavar las muñecas a una cruz por mí, me perdonó en la confesión. Nada más salir, me vino a la cabeza una frase de *Mio volto* de Mascagni: “¿Por qué tiembles, corazón mío? No estás solo [...]. No sabes amar y eres amado”»⁵¹. Fijaos, a Jesús le preocupa la salvación de la Samaritana, no la pone contra las cuerdas con lo de sus cinco maridos, sino que la ayuda a poner su libertad en tal disposición que pueda darse cuenta y leer su vida desde dentro de esa sed de amor, esa sed de verdad que siempre había tenido, y abrazarla. Esto es lo que sucede en el sacramento de la reconciliación, somos tratados con verdad y misericordia al mismo tiempo: ¡se reconoce el pecado, se abraza al pecador!⁵² El Espíritu Santo actúa en los sacramentos, signos visibles de la Gracia

⁴⁸ «Por ser memorial de la Pascua de Cristo, *la Eucaristía es también un sacrificio*. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: “Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros” y “Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros” (Lc 22,19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que “derramó por muchos [...] para remisión de los pecados” [...] La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque *representa* (hace presente) el sacrificio de la cruz» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1365-1366).

⁴⁹ Cf. Ritual para las misas en las comunidades de rito ambrosiano.

⁵⁰ «Los signos esenciales del sacramento eucarístico son pan de trigo y vino de vid, sobre los cuales es invocada la bendición del Espíritu Santo y el presbítero pronuncia las palabras de la consagración dichas por Jesús en la última cena: “Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros [...] Este es el cáliz de mi Sangre...” Por la consagración se realiza la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Bajo las especies consagradas del pan y del vino, Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1412-1413).

⁵¹ A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 356. «Pero Jesús lo perdona *todo*. Jesús perdona *siempre*. Solo pide que le pidamos perdón. Una vez oí a una viejecita, una viejecita sabia, una abuela, del pueblo... decía: “Jesús no se cansa nunca de perdonar: somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”. Pidamos hoy al Señor la gracia de no cansarnos. Siempre, todos tenemos pequeños fracasos, grandes fracasos: cada uno tiene su historia. Pero el Señor siempre nos espera, con los brazos abiertos, y nunca se cansa de perdonar» (Francisco, *Homilía del Jueves Santo*, Cárcel de mujeres de Rebibbia, 28 de marzo de 2024).

⁵² «Del mismo modo, también nosotros, cuando reconocemos nuestras debilidades, quisiéramos escuchar la voz de Jesús repitiendo aquello que decía tan a menudo a los que curaba y a los que se encontraban con Él: “Vete, tus pecados te son perdonados, no te condeno, no yerres más”. Pero estas palabras de Cristo penetran en la historia mediante el sacramento de la *Confesión*: este consiste literalmente en esas mismas palabras, en

invisible. Cuanto más nos sumergimos en los sacramentos, cuanto más nos educamos en reconocer la presencia del Espíritu en los sacramentos, más cambiamos y más empezamos a vislumbrar los signos de su presencia en lo cotidiano, más entramos en el Misterio de la realidad y aprendemos a amar al otro como signo del Misterio⁵³.

5. Tratar todo con verdad

Decíamos: «Los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad». Ahora nos centramos en este «en verdad», y lo comentamos a la luz de la pregunta del principio: «¿Qué quiere decir concretamente amar al otro según su destino?». Significa amarnos y tratarnos con verdad, y la verdad es que tanto el otro como yo estamos en relación con el destino, con el Misterio, con Cristo que nos da el céntuplo aquí y nos espera en el paraíso. ¡Entonces empezamos a entender que el amor va unido a caminar juntos hacia el destino! Si no nos importa nuestra salvación eterna, ¿hacia dónde estamos caminando?

Y por eso ahora os proponemos un ejemplo muy concreto de este amor al destino, «según la verdad». Nos dejamos tocar por la historia de las chicas por las que ofrecimos la misa ayer: hasta sus madres, aparte del dolor que sintieron por la pérdida de sus hijas, se conmovieron por lo que les había sucedido. Podían estar rotas de dolor por perder a sus hijas a una edad tan temprana y, en cambio, esta relación, este ser «adoradores de Dios Padre en espíritu y verdad», esta fe que coincide con la vida introdujo una mirada nueva en esa circunstancia. Hubo que celebrar el funeral de una de las dos chicas en el estadio de su ciudad; habían acudido más de dos mil personas porque para muchos había sido evidente que ella y su manera de vivir la enfermedad eran signo de Otro, y era evidente que ella miraba a Otro durante su enfermedad. De hecho, el sacerdote, durante la homilía, se dirigió a los chicos que estaban allí con esta provocación: «Si estáis aquí es porque vuestra amiga os ha enseñado algo, os ha señalado a alguien: Jesucristo. Por tanto, no os quedéis en la emoción de este momento. La vida es una cosa seria. Todas las mañanas tenemos la obligación de escoger entre un todo que acaba en la nada o una vida con una finalidad».

La madre de la segunda chica, a la que invitaron a dar un testimonio, cuenta lo que supuso para ella, una madre, tener que acompañar a su hija al destino, mirar con verdad esa circunstancia: el comienzo de la enfermedad, las primeras pruebas, los primeros tratamientos, y después su ineficacia, las preguntas que se hacían cada vez más agudas... y ella, poco a poco, se descubre viviendo esa circunstancia tan dolorosa «en espíritu y verdad». Os leo algunas partes de su intervención, que viene a confirmar lo que estamos diciendo. De hecho, ya desde el comienzo de su testimonio, esta madre dice: «El Señor manda su Espíritu y eso lo cambia

el gesto del perdón de Cristo que se prolonga en la historia» (L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 265).

⁵³ Don Giussani responde así a la pregunta de cómo nació el movimiento: «Tal perspectiva de acción se me ocurrió cuando, hace muchos años, me acerqué a grupos de estudiantes indiferentes, o ya hostiles a la vida eclesial, porque la desconocían. Me convencí de que esa ignorancia podía derribarse si se suscitaba una experiencia de vida cristiana [...]. Entonces le pedí a mi obispo que me permitiera entrar en la escuela como profesor de religión, pero mi enseñanza miraba a que los chicos se comprometieran más allá de la hora de clase. No busqué para ello medios extravagantes o fascinantes, sino que les propuse sencillamente, por lealtad hacia sus vidas, que se comprometieran con los verdaderos términos de la tradición cristiana en la que habían nacido. De hecho, les decía: “No es leal que continuéis en esta tradición o, peor aún, que la abandonéis, sin antes haberos comprometido seriamente con sus auténticos factores” [...]. En este sentido, tal agregación juvenil encontró dos puntos de apoyo: los sacramentos, por una parte, y la creatividad de un compromiso con la vida de estos chicos» (Cf. L. Giussani, «Risponde Don Luigi Giussani», entrevista a cargo de Vito Magno, *Rogate Ergo*, n. 11/1976, p. 12). «Nuestro cambio irá produciéndose en proporción a nuestra capacidad de apoyarnos de verdad en este fundamento, aunque sigamos siendo pecadores. Entenderemos, sentiremos y haremos cosas básicamente distintas aun permaneciendo pecadores. Dios, en efecto, consagra también nuestro mal mediante el signo más grande de su poder: el perdón. Estamos llamados a vivir incluso nuestro mal según la fe, lo que significa aceptar el perdón de Dios. Así nada podrá pararnos, ni siquiera nuestro mal» (L. Giussani, *Para vivir la liturgia*, op. cit., pp. 29-30).

todo». Es decir, para que no nos aplasten los “barrotes” de lo cotidiano, hay que dejarse generar por una fuerza externa, sobrenatural. Muchos se habrán sentido decepcionados porque este año no he hecho ningún dibujo: este año me han privado del apoyo informático, ¡tal vez por los dibujos vergonzosos que hice el año pasado! Pero me habría gustado dibujar un círculo: el círculo representaría nuestro mundo, dentro del cual nos sentimos algo aprisionados, hecho de tramas “biológicas”, de todas las circunstancias que vivimos, etcétera. Solo un punto que esté fuera de ese círculo, es decir solo Dios, nos permite ser libres y no esclavos dentro del círculo, nos permite ser libres y respirar aquí, en esta tierra (de todas formas, lo tenéis en el capítulo VIII de la Escuela de comunidad)⁵⁴. De hecho, esta madre dice: «Con el Espíritu, simplemente invocando al Espíritu, todo cambia. Nos hemos visto obligados a fijar nuestra mirada en Él. Mucha gente me preguntaba: “¿Cómo puede una madre no desesperarse cuando su hija se está muriendo?”». Y ella responde: «¿Cómo puede una madre estar desesperada cuando sabe que su hija está viviendo la plenitud y la felicidad eterna del paraíso?». Y después añade: «No me enteré de esto hasta el funeral. Una persona muy cercana a mi hija me confesó que hacía ya un mes que ella le decía que esperaba gozar del paraíso; ella lo sabía, no nos dijo nada y no se agitó especialmente; ahí me di todavía más cuenta de que su vida era completa, había terminado su recorrido en esta tierra y deseaba ver a Dios». A diferencia de lo que leímos ayer, esta madre continúa: «En el fondo, esto es el amor. Nosotras las madres, con la gracia de Dios, traemos al mundo a nuestros hijos, en último término, para que puedan conocer a Cristo y llegar a Él [...]; diría que es una amistad para la vida».

El padre de esta chica, en el mismo testimonio que su mujer, habla de un mensaje que le envió un amigo sacerdote, con la imagen de la *Piedad* de Miguel Ángel; la Virgen María con el cuerpo destrozado de su hijo entre los brazos, al que acaban de bajar de la cruz. Debajo de la imagen estaba el siguiente comentario: «La alegría de esta madre radica en saber que su hijo ha venido del cielo [¡pertenece al cielo!], está destinado al cielo y, por tanto, ha sido confiado a unas manos seguras». Esto es amar a los demás como signo del Misterio: el otro llega de Dios, en la tierra es “nuestro-pero no nuestro”, su destino es el cielo. Ahora escuchamos dos canciones que nos acompañan antes del último paso. *Nel silenzio della notte*: «En el silencio de mi corazón, / una voz dijo: ama / en el silencio de mis días, una voz me llamó»⁵⁵. Y la *Ballata dell'amore vero*: «Yo te amo / y por ello le doy gracias a Dios, / que me da la ternura, / que me da la fuerza / que me da la libertad que yo no tengo»⁵⁶.

6. Un encuentro que se dilata

Os aconsejo vivamente que compréis y leáis el *Huellas* de marzo titulado «Amar aún», porque contiene varios testimonios de cómo es posible vivir amándose según el destino, con verdad.

Entonces, volviendo al tema: ¿qué sucede en la Samaritana después de ese encuentro, después del diálogo con Jesús? Ante la presencia de ese hombre, la mujer ha enfocado, ha

⁵⁴ «Si el hombre proviniera en su totalidad solo de la biología de su padre y de su madre, como un instante breve en el que todo el flujo de innumerables reacciones precedentes produjera este fruto efímero, si el hombre fuera solo esto, sería realmente ridícula, cómicamente ridícula, la palabra “libertad”, la expresión “derecho de la persona”, la misma palabra “persona”. Una libertad así, sin fundamento, es *flatus vocis*: puro sonido que el viento dispersa. Solo en un caso este punto que es el hombre individual y concreto sería libre de todo el mundo, libre hasta el punto de que ni el mundo entero ni todo el universo podría constreñirlo, solo en un caso esta imagen de hombre libre es explicable: si se supone que ese punto no está constituido solo por la biología de su madre y de su padre, que posee algo que no deriva de la tradición biológica de sus antecedentes inmediatos, sino que está *en relación directa con el infinito*, en relación directa con el *origen* de todo el flujo del mundo, de todo el “círculo”, con esa X misteriosa que se encuentra por encima del flujo de la realidad [...], es decir, con Dios» (L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 151-152).

⁵⁵ Cf. A. Mascagni «Nel silenzio della notte», en *Cancionero*, op. cit., pp. 360-361.

⁵⁶ Cf. Claudio Chieffo, «Ballata dell'amore vero», en *Cancionero*, op. cit., pp. 319-320.

entendido la verdadera naturaleza de la sed de su corazón, sed de un amor infinito, del Padre amoroso que la ha creado⁵⁷. Y, una vez ha descubierto esto, ¿qué hace? «Le dice la mujer: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo”. Jesús le contestó: “Yo soy, el que está hablando contigo” [...] La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?” Salieron de la ciudad e iban hacia Él [...] Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por las palabras de la mujer que atestiguaba: “Me ha dicho todo lo que he hecho”. Cuando llegaron a Él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: “Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del Mundo”»⁵⁸.

Aquí hay un paso: del juicio humano —«Me ha dicho todo lo que he hecho»—, al juicio de la fe, «¡Es Él el que está hablando conmigo, Él es el salvador del mundo!»⁵⁹. ¿Qué hace entonces la Samaritana? Deja el ánfora, es decir, deja ese instrumento ya inútil con el que sacaba agua del pozo que no sacia y corre, corre al pueblo. ¡Ella que no quería tropezarse con nadie! ¡Ella que tan bien conoce su historia y se había dejado determinar por lo que los demás pensaban de ella, ella que inventaba estrategias para evitar encontrarse con nadie! Pero su alegría es incontenible, el agua de la fe (como le ha dicho Jesús) empieza a brotar en ella y desde ella, tanto que corre al encuentro de sus “paisanos”. «Este me ha comprendido, me ha “leído por dentro”, me ha entendido más Él que mis cinco maridos, me ha amado con un amor eterno y fiel; ¡porque a pesar de mis traiciones y mis infidelidades, estaba sentado junto al pozo aguardándome, esperándome!»). ¡Se ha dado cuenta de que la manera en que vivía antes no la había llevado a ninguna parte, «te conviene seguir otro viaje», decíamos ayer! ¡Y cuando reconoce que Jesús es el salvador del mundo («Yo soy»), nace en ella un afecto por Él, un vínculo, una comunión con Él, del que surge el ímpetu de compartir ese afecto con todos!

No olvidemos el pasaje de don Giussani del que partíamos al inicio de esta mañana. «Esta es la humanidad nueva que debe expandirse en el mundo a través de cada uno de nosotros», una alegría del corazón que florece en el rostro de la Samaritana. Y los demás se dan cuenta de que le ha sucedido algo: «¿Cómo puede ser? ¿Esta no es la de los cinco maridos, la que esquivaba a la gente? ¿Qué le ha pasado?». Ahora brota de ella el agua viva, generando comunión, amistad, misión. Cuando reconoces que el Salvador está presente, que Cristo está presente, cuando reconoces que nuestra amistad es el lugar en el que se manifiesta su presencia, entonces, de ese reconocimiento, nace la amistad, nacen nuevas relaciones, renovadas, relaciones que se vuelven nuevas. Qué concreta es esta contribución de una de vosotras: «Cuando descubro en alguien la misma tensión al origen, el mismo fuego, inesperadamente algo en mí se alegra. Como si tuviera en el corazón una pieza de puzle y por fin encontrara otra con la que encaja a la perfección. Últimamente me ha sucedido varias veces: en una fiesta de fin de año en el lago, en las reuniones de Bachilleres, sobre todo en el coro. Esta correspondencia tiene un efecto revolucionario, alimenta el fuego y, en consecuencia, aumenta

⁵⁷ «Sale el alma de manos de su Creador, que la acaricia antes de que exista, semejante al niño que entre el llanto y la risa balbucea; y es entonces una simplecilla, que nada sabe, y solamente movida por el instinto de la felicidad, se inclina gustosa hacia lo que la contenta y regocija. En seguida, siente placer por los bienes más mezquinos, aunque en esto se engaña, y corre tras ellos si no tiene guía o freno que tuerza su inclinación» (Dante Alighieri, *Divina Comedia, Purgatorio*, canto XVI, vv. 85-93).

⁵⁸ Jn 4,25-26, 28-30, 39-42.

⁵⁹ «Esto es la fe, que se hace posible por la iniciativa de Cristo mismo delante de él, que el ciego de nacimiento secunda. Sin este último paso del reconocimiento, todavía no hay fe, al menos según lo *proprium* de nuestro carisma. Giussani nos lo ha repetido hasta la saciedad: la fe es reconocer una Presencia, la presencia de Cristo» (D. Proserpi, *La fe, cumplimiento de la razón, clonline*, p. 9).

la gratitud de manera exponencial. ¿Por qué? He entendido que hay alguien que comparte conmigo el mismo camino hacia el origen, hacia el destino. Caminamos juntos». Entonces, a causa de las palabras de la Samaritana, los demás van a Jesús, se acercan a donde está y le piden que se quede unos días con ellos, para que ellos también puedan gozar de ese Amor que ha alcanzado a la Samaritana, y Él se queda a pasar dos días con ellos. Lo mismo nos pasa a nosotros: de pequeños creíamos apoyándonos en las palabras de nuestros padres y los adultos, ahora somos nosotros los que queremos entender y entrar en relación con Él, para comprobar esas palabras y hacerlas nuestras. ¡Fijaos qué movimiento se genera!

Don Gius dice que lo que predomina en la comunión, en la verdadera amistad, es Él, no una pretensión sobre el otro⁶⁰. «La verdadera amistad es la que te recuerda el pensamiento de la gran Presencia, de Cristo, de tal modo que llene cada vez más tu tiempo. Por eso los que iban con Cristo se reunieron entre ellos; ni siquiera se conocían, pero se hicieron amigos»⁶¹. Lo que más nos ayuda es «*la conciencia del destino* [...] : una conciencia clara del destino, el amor al destino. Nos equivocamos si perdemos de vista el destino. Todos, en un cien por cien de los casos, viven así. Debemos estar atentos, porque también nosotros vivimos así [...]. El destino de la vida no es lo que nosotros queremos, es el misterio de Dios, la conciencia del Misterio, la conciencia del destino»⁶² que hemos aprendido a llamar Cristo, que promete el céntuplo aquí abajo y la vida eterna, el paraíso, como esa madre con su hija. En esta amistad al destino, además, uno descubre el gusto y la razonabilidad del seguimiento. «Porque he tomado en serio mi vida, te digo: “mira, por favor, que esto es importante para tu vida. Si me sigues, lo entenderás”». Si sigues, si estás dispuesto a seguir, seguro que entiendes, pero si uno “arranca el coche” y al mismo tiempo “tira del freno de mano”, no se mueve, ¡se queda ahí plantado! ¡Las dos cosas a la vez no funcionan! «Si me sigues, lo entenderás; así, después, te seguirás a ti mismo; seguirme es como seguirte a ti mismo; somos amigos»⁶³. El verdadero seguimiento es una amistad. La verdadera obediencia es una amistad. «A medida que lo vas entendiendo, ya no dependes de quién te lo dice; a medida que se te dicen las cosas, quien te las ha dicho es como si llegase a ser uno contigo: te sigues a ti mismo. Paradójicamente, la forma extrema de la obediencia es seguir el descubrimiento de uno mismo que se da a la luz de la palabra y del ejemplo de otro, sin los cuales uno tanteaba en la oscuridad, o vivía como un animal»⁶⁴. Esta comunión, esta amistad es fecunda y se dilata; por tanto, el último punto de esta mañana es la misión.

La misión. «Hemos de llevar por todas partes esta nueva humanidad que hace que el hombre ame al hombre». Hay una intervención en la que don Giussani describe cómo se difundió el carisma. «Durante muchos años, no hubo en el movimiento profesores ni curas y, sin embargo, se asentó en varias regiones de Italia e incluso en Brasil, gracias a los chicos que se implicaron en este proceso de cristianización del mundo debido a un fenómeno cultural que se había encendido y desarrollado en ellos [como la Samaritana: ha encontrado la fe y esa fe ha empezado a brotar, ha prendido en ella y después ha incendiado a los demás]. Debemos volver a ser así. Uno de los aspectos del esquematismo en el que hemos puesto nuestras esperanzas es que son los adultos los que lo hacen todo»⁶⁵. Alguno entre los presentes está aquí por la iniciativa de otro, porque alguien se ha tomado en serio su destino. «Hace un

⁶⁰ «Pero ¿qué es la amistad? La amistad es, en su nivel mínimo, el encuentro de una persona con otra cuyo destino desea más que la propia vida; yo deseo tu destino más de lo que deseo mi vida. El otro, en agradecimiento, desea mi destino más de cuanto desea su vida» (L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 146).

⁶¹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 64.

⁶² *Ibidem*, p. 84.

⁶³ *Ibidem*, p. 137.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 137.

⁶⁵ (Cf. L. Giussani, *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, SEI, Turín 1995, p. 89).

año, mi hermana me “machacó” con sus invitaciones al Triduo de Bachilleres. Ya conocía Bachilleres pero, por distintos motivos, me parecía un lugar totalmente inútil. Pero ella seguía insistiendo. Me habrá pedido al menos cincuenta veces que viniese al Triduo, aunque al principio le respondía con un “no” seco y tajante. Sin embargo, ella siguió insistiendo, tanto que al final tuve que aceptar su propuesta. ¿Por qué? Su deseo de comunicar la belleza que había visto me cautivó hasta el punto de que yo también quería verla, quería ver la misma belleza que ella había visto. El Triduo del año pasado me puso esta belleza delante. Algo que quería evitar a toda costa [¡como la Samaritana!] y pensaba que no podía existir estaba allí [puede ser el Triduo o una velada de cantos de nuestra historia en vuestra comunidad o ver una película juntos, el Meeting, un encuentro de alumnos del último curso, una reunión, un intento de ser presencia en vuestro colegio...], ante mis ojos: la manera de cantar, de estar en silencio en el autobús, de rezar y escuchar, era totalmente distinta de la manera en que yo pensaba que se podía hacer. Los chicos con los que cruzaba la mirada tenían el deseo de verdad que yo había perdido, pero se me estaba encendiendo dentro con más fuerza que nunca. En ese momento me sentí amado, verdaderamente amado “con Amor eterno”. Ese Amor me ha arrastrado de tal manera que no he podido hacer otra cosa que fiarme de él». La misión es tomar en serio la vida del otro. ¡En el Via Crucis escuchamos esta misma frase: «lleva en el corazón mi destino», *gere curam mei finis!*⁶⁶ Dios se toma en serio nuestro destino, tanto que se ha encarnado y ha surgido la Iglesia. Entonces: ¡comunidad, amistad y misión!

¡Os regalamos, para acabar, un video de don Gius! No sé cuántos de vosotros lo habéis visto, tal vez ninguno. ¡Ahora lo disfrutamos con todo ese ímpetu que nos arrastra!

Don Giussani

«La fe es como una gran hipótesis de trabajo que nos viene de la tradición. Pero si falta el trabajo de la experiencia, se queda a un nivel meramente abstracto y se traduce solo en ritos o en preocupaciones moralistas, mientras que la fe es la vida, es un modo de concebir y sentir la vida. Esta es nuestra tarea suprema: no la de ser padres o madres, no la de ser periodista o ingeniero, no la de ser militar u obrero, no la de ganar unas elecciones o ser esclavo de los amos. No es esto: nuestra tarea es difundir por el mundo el gran mensaje de Cristo. Se me ha hecho el don de la fe para que yo se lo dé a otros, lo comunique. Se nos ha hecho el don de la fe para que lo comuniquemos y por esto será juzgada nuestra vida. Que el hombre conozca a Cristo, que la humanidad conozca a Cristo, esta es la tarea de los que han sido llamados, es la tarea del pueblo de Dios: la misión»⁶⁷.

⁶⁶ W.A. Mozart, *Confutatis*, en *Réquiem en re menor para solistas, coro y orquesta*, K 626.

⁶⁷ Video – Don Luigi Giussani, [Il pensiero, i discorsi, la fede](#) (del minuto 36:10 al minuto 37:50), *clonline*.